

REINO DE CORDELIA



Basilisa la Bella
y Otros Cuentos
Populares Rusos



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2014
Segunda edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2016
[Edición basada en la publicada por Insel Verlag, Fráncfort, 1974]

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.

Edita: Reino de Cordelia
Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid
www.reinodecordelia.es

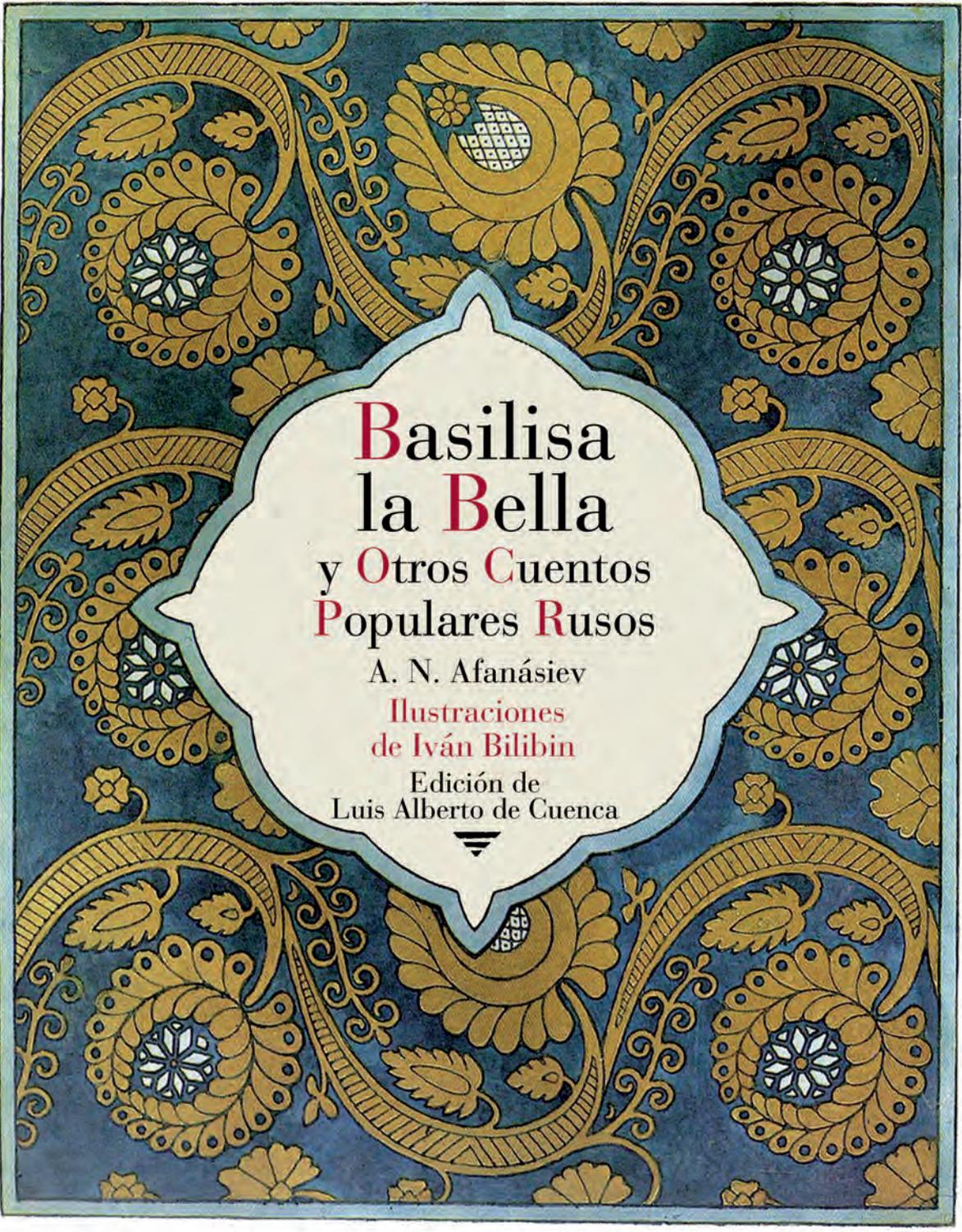
Edición, traducción y prólogo: © Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2014

IBIC: FKB
ISBN: 978-84-15973-12-6
Depósito legal: M-10666-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión: Sigráfica
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Basilisa
la Bella
y **Otros Cuentos**
Populares Rusos

A. N. Afanásiev

Ilustraciones
de Iván Bilibin

Edición de
Luis Alberto de Cuenca





Índice

<i>Prólogo</i> , por Luis Alberto de Cuenca	II
Basilisa la Bella	19
El zarévich Iván, el Pájaro de Fuego y el Lobo Gris	36
La princesa rana	57
La pluma de Fínist, el halcón resplandeciente	68
Alénushka e Ivánushka	83
La patita blanca	91
María de las Muertes	99



Prólogo

Luis Alberto de Cuenca
Real Academia de la Historia

UNO DE MIS MÁS VIEJOS y queridos amigos es, sin duda, José Luis Chousa, con quien compartí una infancia feliz repleta de tebeos, vecinas rubias a las que espiábamos en misa, bocadillos interminables, fútbol de botones, carreras de chapas, bolera del Carlos III, primeros cigarrillos y entrañables e ingenuas conversaciones preadolescentes. Hoy ya no somos ni él ni yo ningunos niños, pero, de alguna forma, seguimos y seguiremos siendo hasta que nos muramos, y acaso después, *pueri aeterni*. Para nutrir esa figura peterpánica a la que ambos hemos aspirado desde siempre, José Luis me trajo de unas vacaciones que pasó en Alemania, cuando los dos éramos veinteañeros, una preciosa edición de cuentos de Afanásiev vueltos a contar por Elisabeth Borchers e ilustrados por el inconmensurable ilustrador ruso Bilibin. Eran dos volúmenes en formato álbum metidos en una caja, y la editorial que los apadrinaba era la célebre Insel Verlag, de Fráncfort. Llevaba la fecha de publicación de 1974, de modo

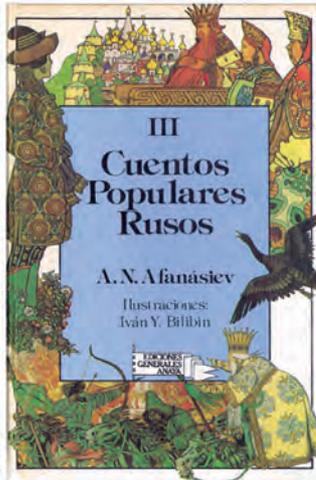
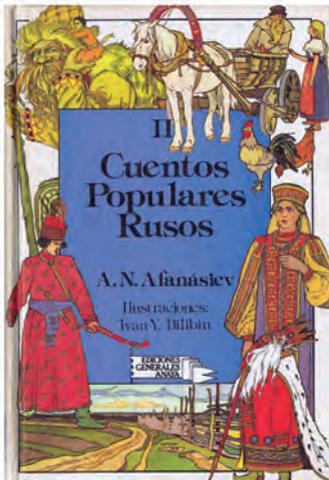
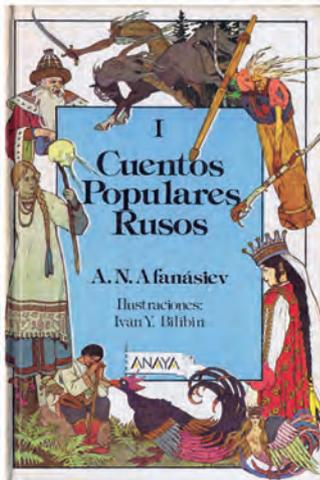
que estaba recién salido del horno cuando mi amigo Chousa lo compró para mí en quién sabe qué librería de quién sabe cuál ciudad alemana.



Wassilissa, die Wunderschöne
und andere russische Märchen mit Illustrationen von Iwan Bilibin
Ein Insel-Bilderbuch

El primer tomo, rotulado *Wassilissa, die Wunderschöne und andere russische Märchen*, incluía, además del mencionado en el título, dos cuentos de Afanásiev: “Das Märchen von Iwan, dem Zarensohn, dem Feuervogel und dem grauen Wolf” y “Das Froschfräulein”. El segundo albergaba cuatro relatos: “Das Märchen vom herrlichen Falken”, “Schwesternchen Alenuschka und Brüderchen Iwanuschka”, “Das weiße Entchen” y “Marija Morewna”. Yo había estudiado con

anterioridad algunos cursos de alemán en el Deutsches Kulturinstitut de Madrid, razón por la cual esos cuentos me venían muy bien para practicar mis conocimientos, que han ido adelgazando, por desgracia, con los años. Luego, en 1990, Lumen publicó dos tomos —que no he consultado ni compré en su momento— de *Cuentos rusos* ilustrados también por Bilibin, cuyo contenido tal vez tenga que ver con el de la edición alemana de Insel. Los que sí constan en mi biblioteca son los tres volúmenes de *Cuentos populares rusos* de Afanásiev traducidos por Isabel Vicente y publicados por Anaya dentro de su colección “Laurín” entre 1983 y 1984. Y, por supuesto, el número 859 (Buenos Aires, 1948) de la benemérita colección “Austral” de Espasa-Calpe, traducido por Tatiana Enco de Valero y titulado de la misma manera que los tomos de Anaya. Basándome en esas dos traduccio-



nes castellanas —la de Isabel Vicente y la de Tatiana Enco de Valero— y teniendo a la vista la adaptación alemana de Elisabeth Borchers, he preparado esta nueva salida a la palestra editorial de una selección de *Cuentos rusos* de Afanásiev ilustrados por Bilibin. Diré a continuación dos o tres cosas acerca del compilador de dichos cuentos y de su portentoso ilustrador.

Alexandr Nikoláievich Afanásiev (1826-1871) es, junto a los célebres hermanos Jacob y Wilhelm Grimm, el gran nombre de la etnografía decimonónica. Jurista, historiador, fino crítico literario, ha pasado a la posteridad como experto en folclore —aunque no era muy dado al trabajo de campo— y como autor en ese territorio

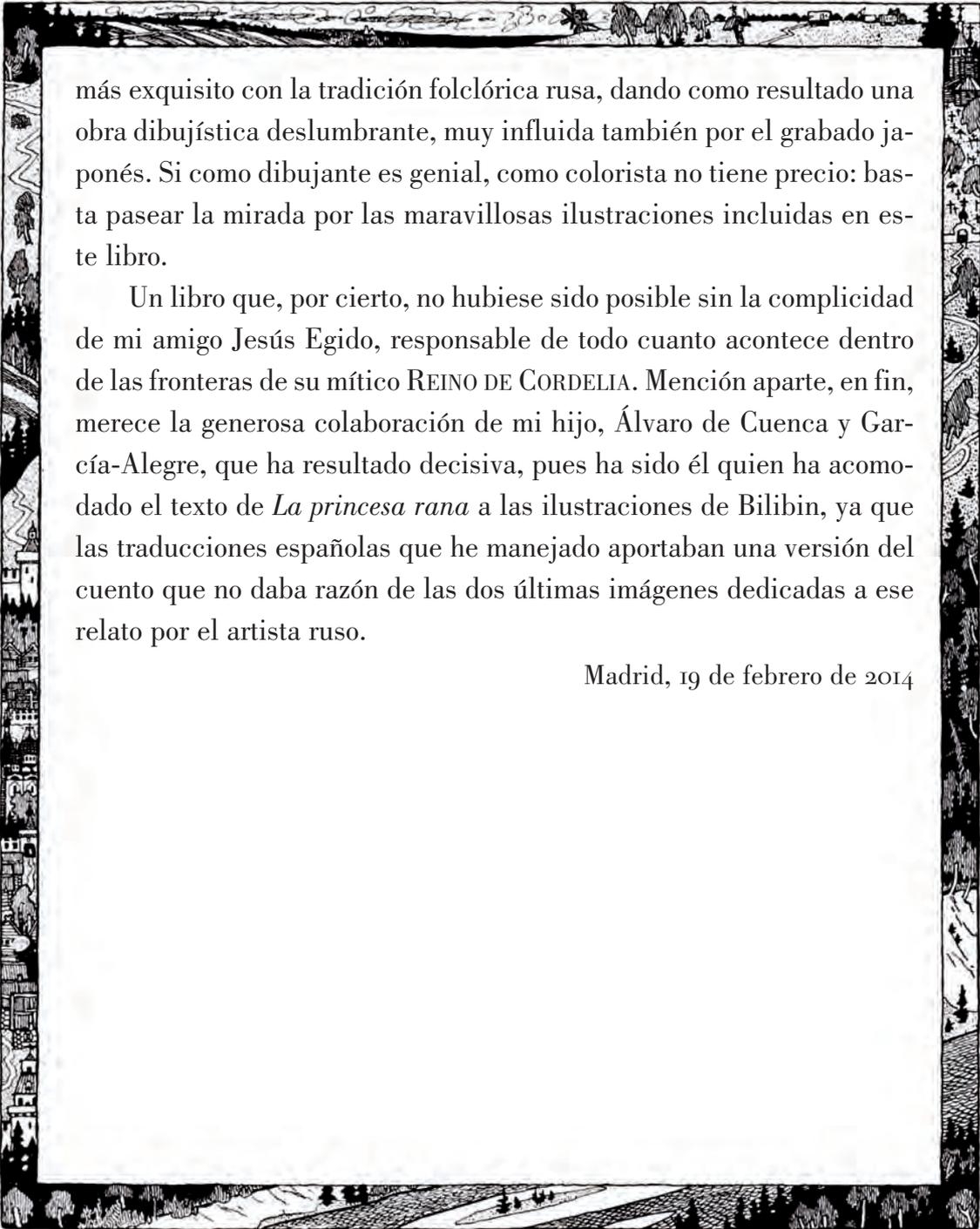


de tres grandes obras, dos de las cuales han sido traducidas ya al castellano. El primero de esos tres monumentos bibliográficos son los *Cuentos populares rusos*, compilación de relatos tradicionales que Afanásiev publicó entre 1855 y 1863. (El gran José Manuel Pedrosa publicó, en 2000 y 2004, respectivamente, un par de selecciones de los mismos que no he tenido en cuenta, por falta de tiempo, a la hora de preparar esta edición: *El pájaro de fuego y otros cuentos populares rusos* y *El anillo mágico y otros cuentos populares rusos*). El segundo monumento vio la luz en 1859, y son



unas *Leyendas populares rusas* que el citado Pedrosa y un equipo de eslavistas situó en los escaparates de las librerías españolas en 2007 (Madrid, Páginas de Espuma). El tercero, unas *Consideraciones poéticas de los eslavos acerca de la naturaleza*, repartidas en tres tomos (1865-1869), que aún no han sido vertidas, que yo sepa, a la lengua de Cervantes.

En cuanto a Iván Yákovlevich Bilibin (1876-1942), hay que decir que es uno de los ilustradores más importantes del siglo XX (aunque la primera edición de sus *Cuentos rusos* apareciese en la tempranísima fecha de 1899). En su obra se funde el *art nouveau*



más exquisito con la tradición folclórica rusa, dando como resultado una obra dibujística deslumbrante, muy influida también por el grabado japonés. Si como dibujante es genial, como colorista no tiene precio: basta pasear la mirada por las maravillosas ilustraciones incluidas en este libro.

Un libro que, por cierto, no hubiese sido posible sin la complicidad de mi amigo Jesús Egido, responsable de todo cuanto acontece dentro de las fronteras de su mítico REINO DE CORDELIA. Mención aparte, en fin, merece la generosa colaboración de mi hijo, Álvaro de Cuenca y García-Alegre, que ha resultado decisiva, pues ha sido él quien ha acomodado el texto de *La princesa rana* a las ilustraciones de Bilibin, ya que las traducciones españolas que he manejado aportaban una versión del cuento que no daba razón de las dos últimas imágenes dedicadas a ese relato por el artista ruso.

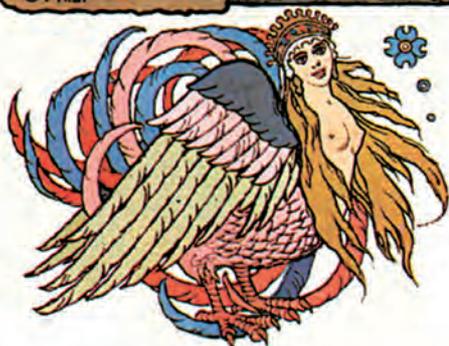
Madrid, 19 de febrero de 2014



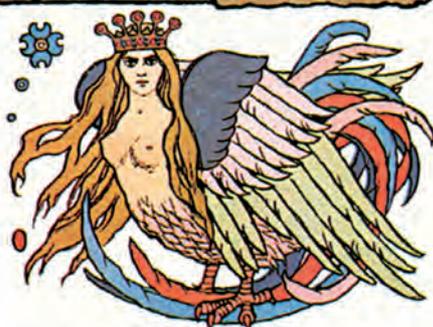
Basilisa la Bella
y **Otros Cuentos**
Populares Rusos

A. N. Afanásiev
Ilustraciones
de Iván Bilibin





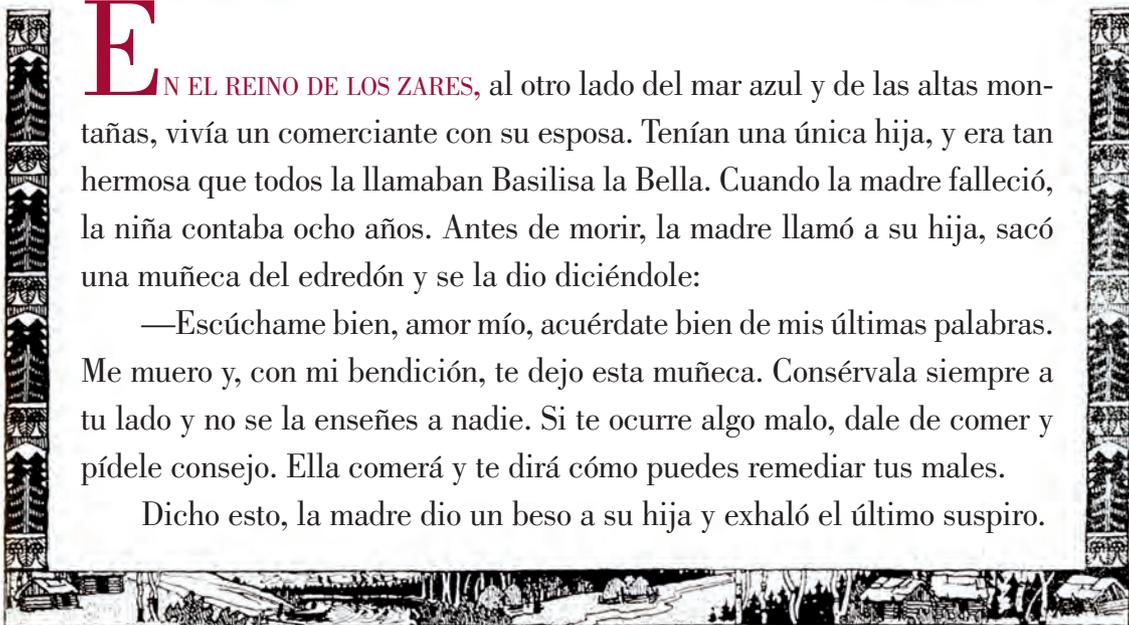
Basilisa la Bella

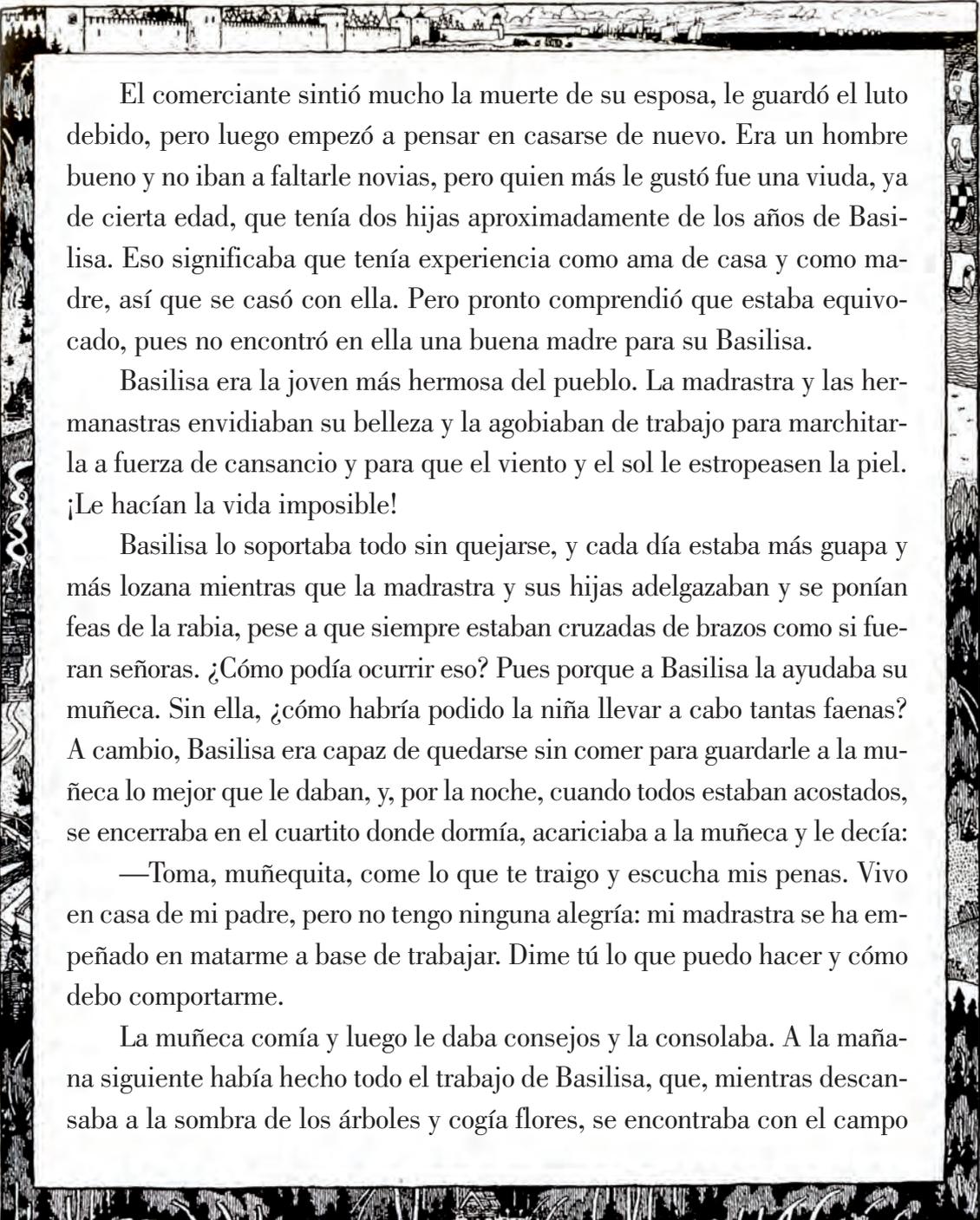


EN EL REINO DE LOS ZARES, al otro lado del mar azul y de las altas montañas, vivía un comerciante con su esposa. Tenían una única hija, y era tan hermosa que todos la llamaban Basilisa la Bella. Cuando la madre falleció, la niña contaba ocho años. Antes de morir, la madre llamó a su hija, sacó una muñeca del edredón y se la dio diciéndole:

—Escúchame bien, amor mío, acuérdate bien de mis últimas palabras. Me muero y, con mi bendición, te dejo esta muñeca. Consévala siempre a tu lado y no se la enseñes a nadie. Si te ocurre algo malo, dale de comer y pídele consejo. Ella comerá y te dirá cómo puedes remediar tus males.

Dicho esto, la madre dio un beso a su hija y exhaló el último suspiro.





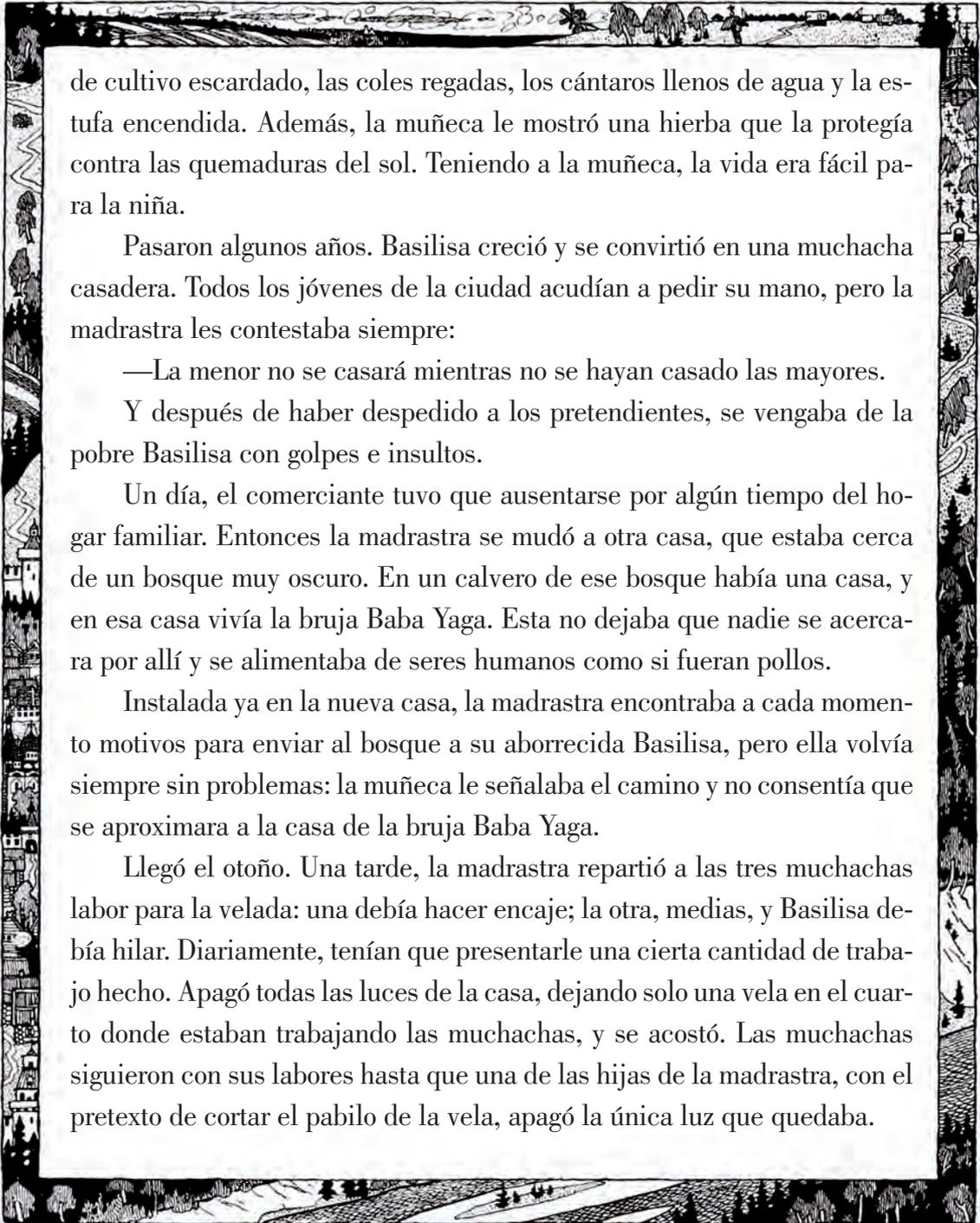
El comerciante sintió mucho la muerte de su esposa, le guardó el luto debido, pero luego empezó a pensar en casarse de nuevo. Era un hombre bueno y no iban a faltarle novias, pero quien más le gustó fue una viuda, ya de cierta edad, que tenía dos hijas aproximadamente de los años de Basilisa. Eso significaba que tenía experiencia como ama de casa y como madre, así que se casó con ella. Pero pronto comprendió que estaba equivocado, pues no encontró en ella una buena madre para su Basilisa.

Basilisa era la joven más hermosa del pueblo. La madrastra y las hermanastras envidiaban su belleza y la agobiaban de trabajo para marchitarla a fuerza de cansancio y para que el viento y el sol le estropeasen la piel. ¡Le hacían la vida imposible!

Basilisa lo soportaba todo sin quejarse, y cada día estaba más guapa y más lozana mientras que la madrastra y sus hijas adelgazaban y se ponían feas de la rabia, pese a que siempre estaban cruzadas de brazos como si fueran señoras. ¿Cómo podía ocurrir eso? Pues porque a Basilisa la ayudaba su muñeca. Sin ella, ¿cómo habría podido la niña llevar a cabo tantas faenas? A cambio, Basilisa era capaz de quedarse sin comer para guardarle a la muñeca lo mejor que le daban, y, por la noche, cuando todos estaban acostados, se encerraba en el cuartito donde dormía, acariciaba a la muñeca y le decía:

—Toma, muñequita, come lo que te traigo y escucha mis penas. Vivo en casa de mi padre, pero no tengo ninguna alegría: mi madrastra se ha empeñado en matarme a base de trabajar. Dime tú lo que puedo hacer y cómo debo comportarme.

La muñeca comía y luego le daba consejos y la consolaba. A la mañana siguiente había hecho todo el trabajo de Basilisa, que, mientras descansaba a la sombra de los árboles y cogía flores, se encontraba con el campo



de cultivo escardado, las coles regadas, los cántaros llenos de agua y la estufa encendida. Además, la muñeca le mostró una hierba que la protegía contra las quemaduras del sol. Teniendo a la muñeca, la vida era fácil para la niña.

Pasaron algunos años. Basilisa creció y se convirtió en una muchacha casadera. Todos los jóvenes de la ciudad acudían a pedir su mano, pero la madrastra les contestaba siempre:

—La menor no se casará mientras no se hayan casado las mayores.

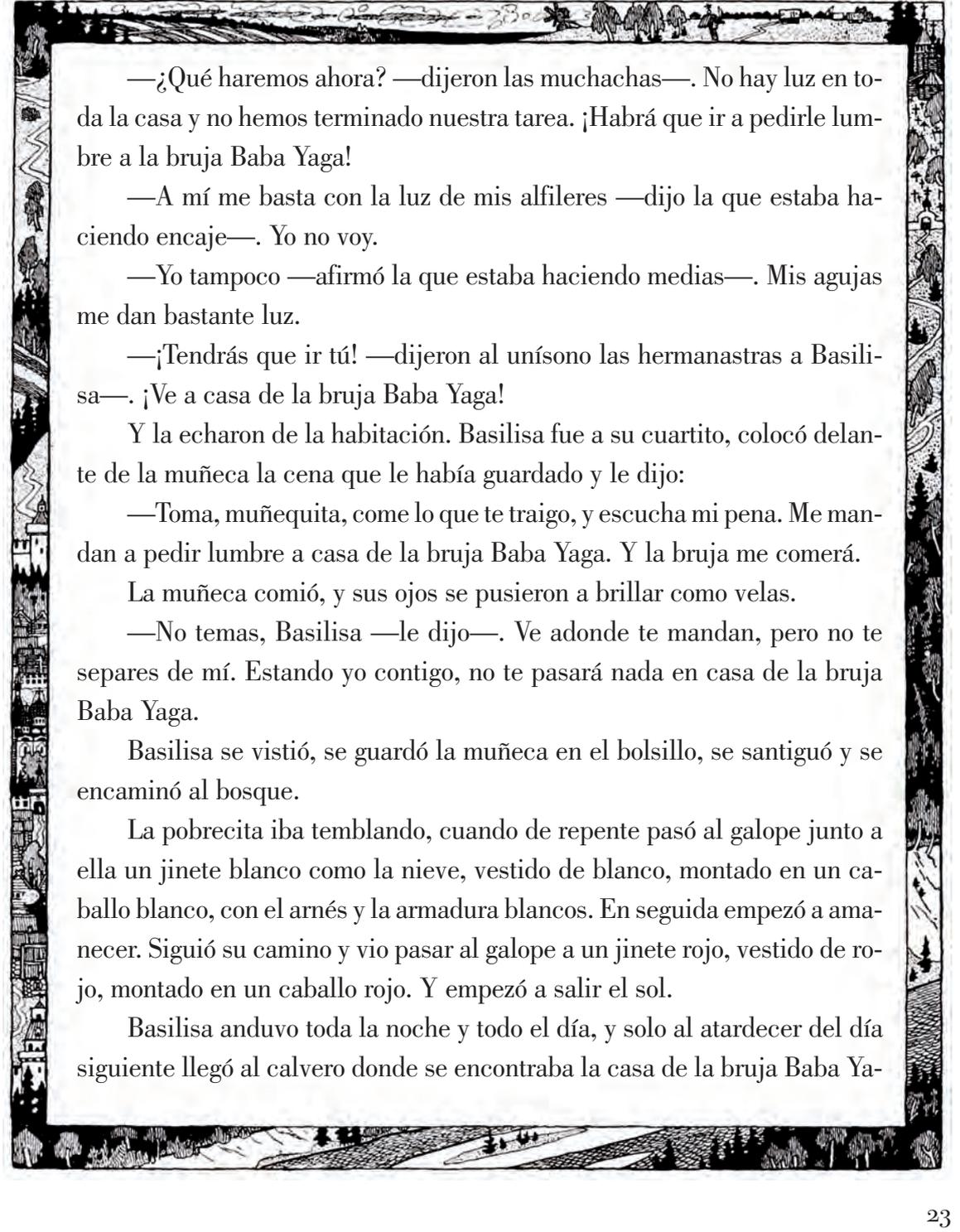
Y después de haber despedido a los pretendientes, se vengaba de la pobre Basilisa con golpes e insultos.

Un día, el comerciante tuvo que ausentarse por algún tiempo del hogar familiar. Entonces la madrastra se mudó a otra casa, que estaba cerca de un bosque muy oscuro. En un calvero de ese bosque había una casa, y en esa casa vivía la bruja Baba Yaga. Esta no dejaba que nadie se acercara por allí y se alimentaba de seres humanos como si fueran pollos.

Instalada ya en la nueva casa, la madrastra encontraba a cada momento motivos para enviar al bosque a su aborrecida Basilisa, pero ella volvía siempre sin problemas: la muñeca le señalaba el camino y no consentía que se aproximara a la casa de la bruja Baba Yaga.

Llegó el otoño. Una tarde, la madrastra repartió a las tres muchachas labor para la velada: una debía hacer encaje; la otra, medias, y Basilisa debía hilar. Diariamente, tenían que presentarle una cierta cantidad de trabajo hecho. Apagó todas las luces de la casa, dejando solo una vela en el cuarto donde estaban trabajando las muchachas, y se acostó. Las muchachas siguieron con sus labores hasta que una de las hijas de la madrastra, con el pretexto de cortar el pabito de la vela, apagó la única luz que quedaba.





—¿Qué haremos ahora? —dijeron las muchachas—. No hay luz en toda la casa y no hemos terminado nuestra tarea. ¡Habrà que ir a pedirle lumbrè a la bruja Baba Yaga!

—A mí me basta con la luz de mis alfileres —dijo la que estaba haciendo encaje—. Yo no voy.

—Yo tampoco —afirmó la que estaba haciendo medias—. Mis agujas me dan bastante luz.

—¡Tendrás que ir tú! —dijeron al unísono las hermanastras a Basilisa—. ¡Ve a casa de la bruja Baba Yaga!

Y la echaron de la habitación. Basilisa fue a su cuartito, colocó delante de la muñeca la cena que le había guardado y le dijo:

—Toma, muñequita, come lo que te traigo, y escucha mi pena. Me mandan a pedir lumbrè a casa de la bruja Baba Yaga. Y la bruja me comerá.

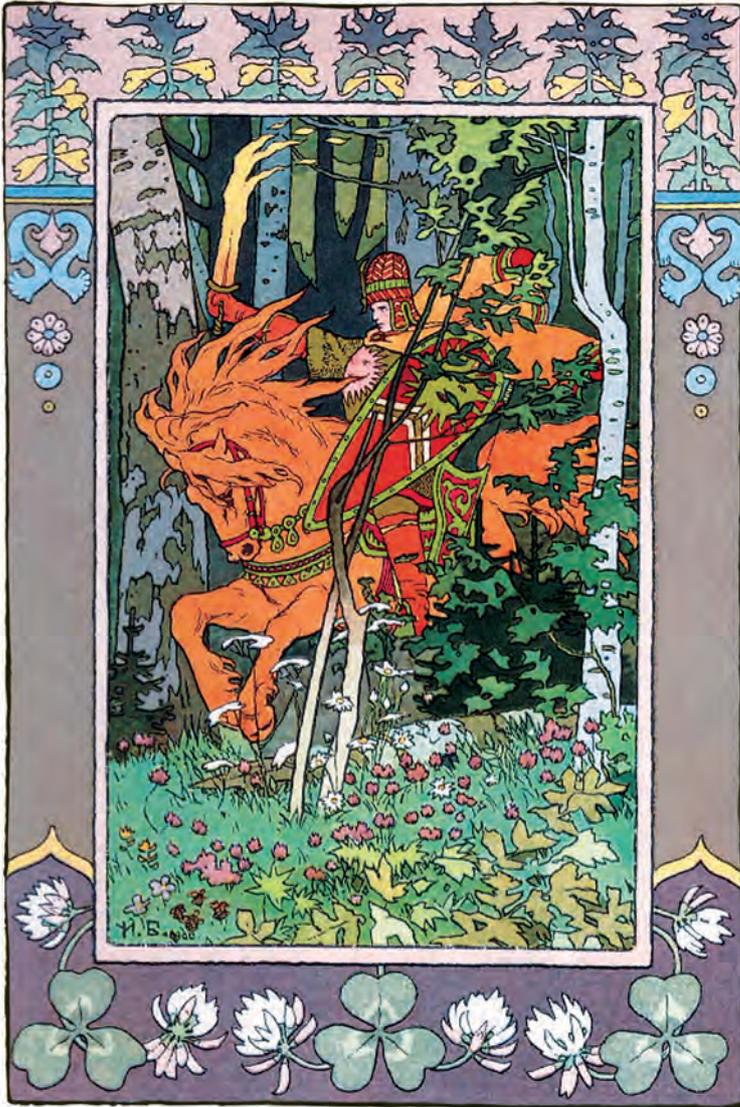
La muñeca comió, y sus ojos se pusieron a brillar como velas.

—No temas, Basilisa —le dijo—. Ve adonde te mandan, pero no te separes de mí. Estando yo contigo, no te pasará nada en casa de la bruja Baba Yaga.

Basilisa se vistió, se guardó la muñeca en el bolsillo, se santiguó y se encaminó al bosque.

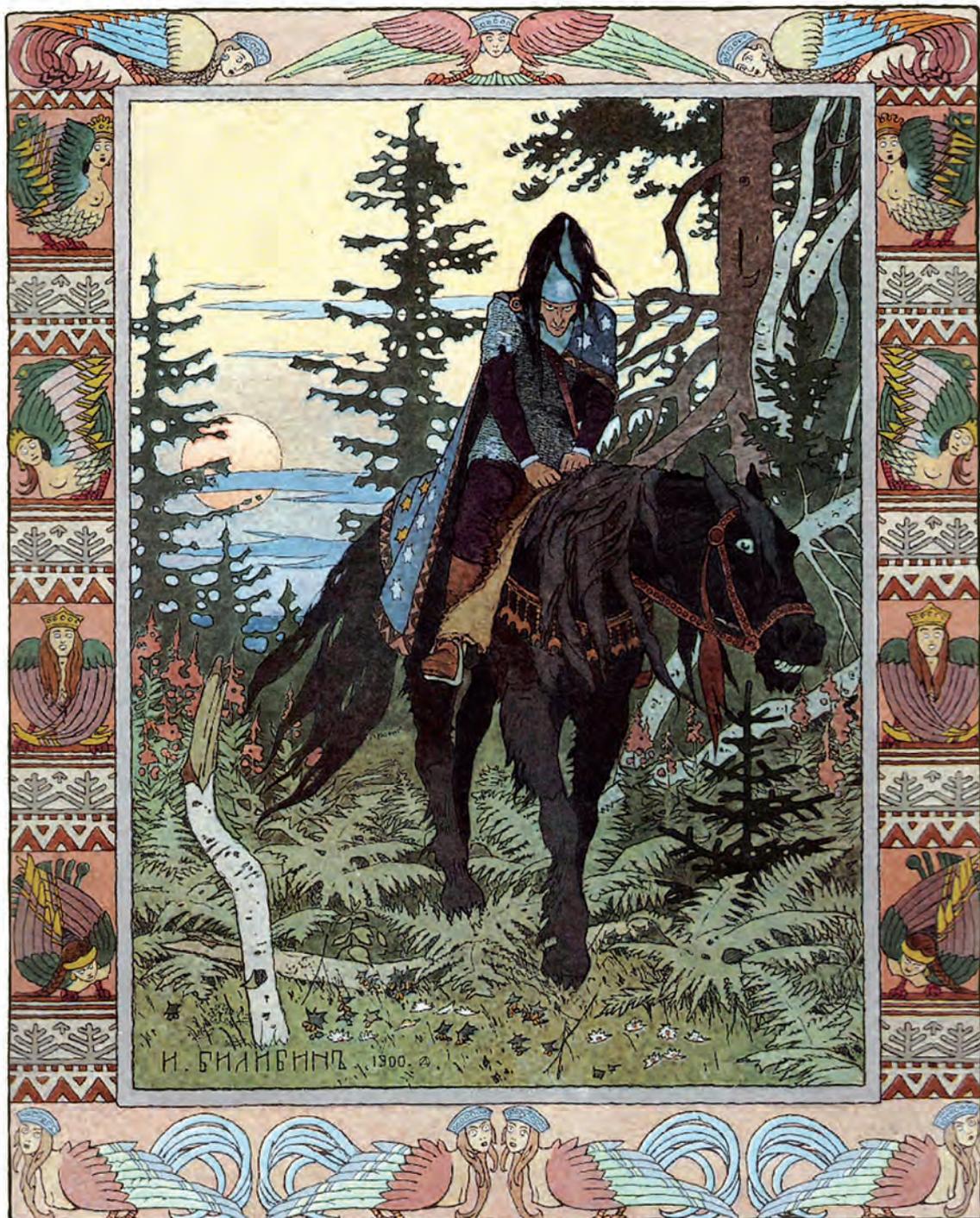
La pobrecita iba temblando, cuando de repente pasó al galope junto a ella un jinete blanco como la nieve, vestido de blanco, montado en un caballo blanco, con el arnés y la armadura blancos. En seguida empezó a amanecer. Siguió su camino y vio pasar al galope a un jinete rojo, vestido de rojo, montado en un caballo rojo. Y empezó a salir el sol.

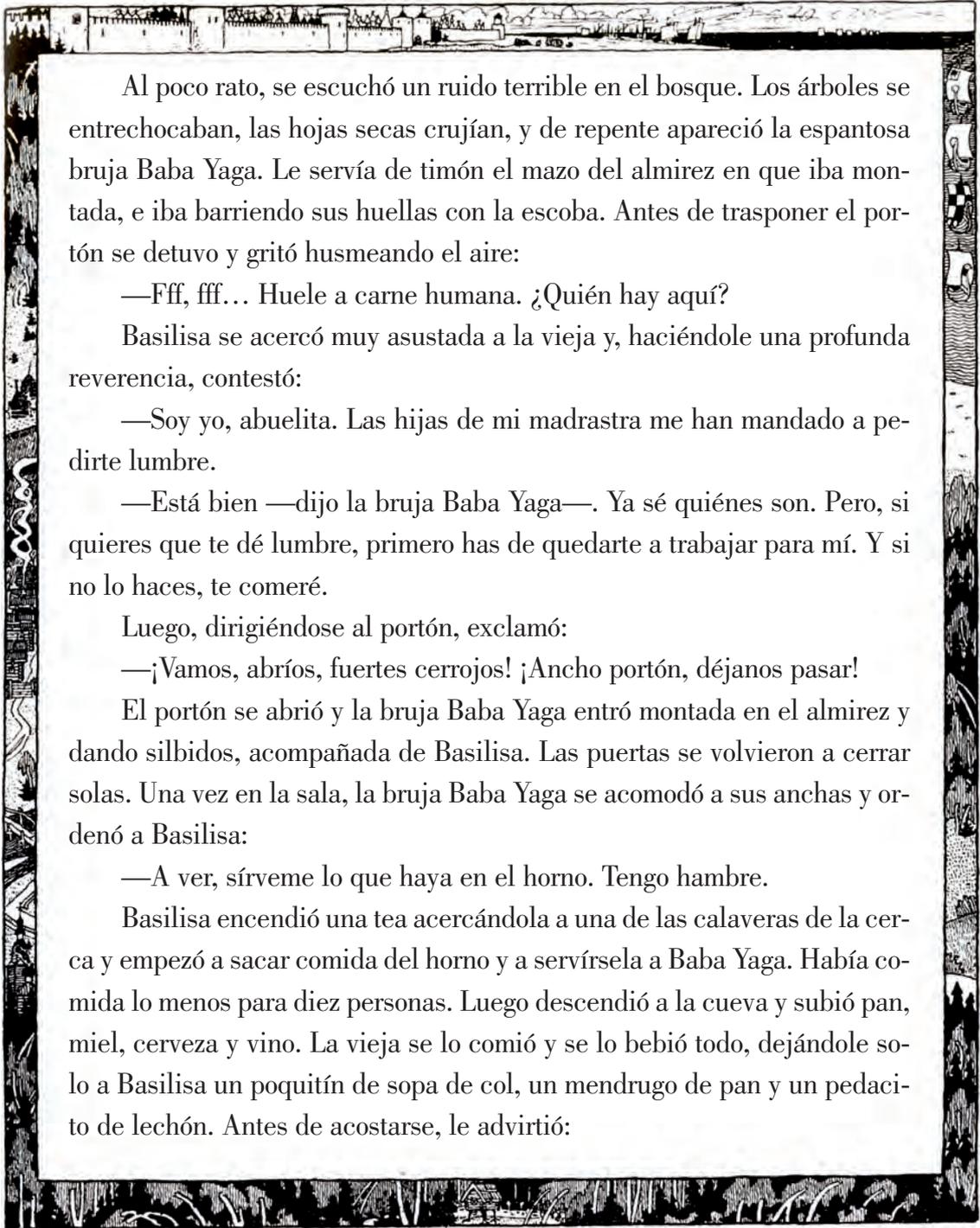
Basilisa anduvo toda la noche y todo el día, y solo al atardecer del día siguiente llegó al calvero donde se encontraba la casa de la bruja Baba Ya-



ga. La cerca que la rodeaba estaba hecha de huesos humanos coronados por calaveras también humanas, con ojos y todo. El paso de debajo del portón estaba enlosado de pies humanos, los cerrojos eran manos y el candado una boca de dientes afilados. Sobrecogida, Basilisa se quedó como paralizada de espanto. En esto llegó otro jinete, todo negro, vestido de negro y montado en un caballo negro. Al aproximarse al portón de Baba Yaga desapareció como si se lo hubiera

tragado la tierra. Y se hizo de noche. Sin embargo, la oscuridad duró poco tiempo. A todas las calaveras de la cerca se les encendieron los ojos, y el calvero entero quedó iluminado como en pleno día. Basilisa tiritaba de miedo, pero, como no sabía hacia dónde escapar, allí se quedó sin moverse.





Al poco rato, se escuchó un ruido terrible en el bosque. Los árboles se entrechocaban, las hojas secas crujían, y de repente apareció la espantosa bruja Baba Yaga. Le servía de timón el mazo del almirez en que iba montada, e iba barriendo sus huellas con la escoba. Antes de trasponer el portón se detuvo y gritó husmeando el aire:

—Fff, fff... Huele a carne humana. ¿Quién hay aquí?

Basilisa se acercó muy asustada a la vieja y, haciéndole una profunda reverencia, contestó:

—Soy yo, abuelita. Las hijas de mi madrastra me han mandado a pedirte lumbre.

—Está bien —dijo la bruja Baba Yaga—. Ya sé quiénes son. Pero, si quieres que te dé lumbre, primero has de quedarte a trabajar para mí. Y si no lo haces, te comeré.

Luego, dirigiéndose al portón, exclamó:

—¡Vamos, abríos, fuertes cerrojos! ¡Ancho portón, déjanos pasar!

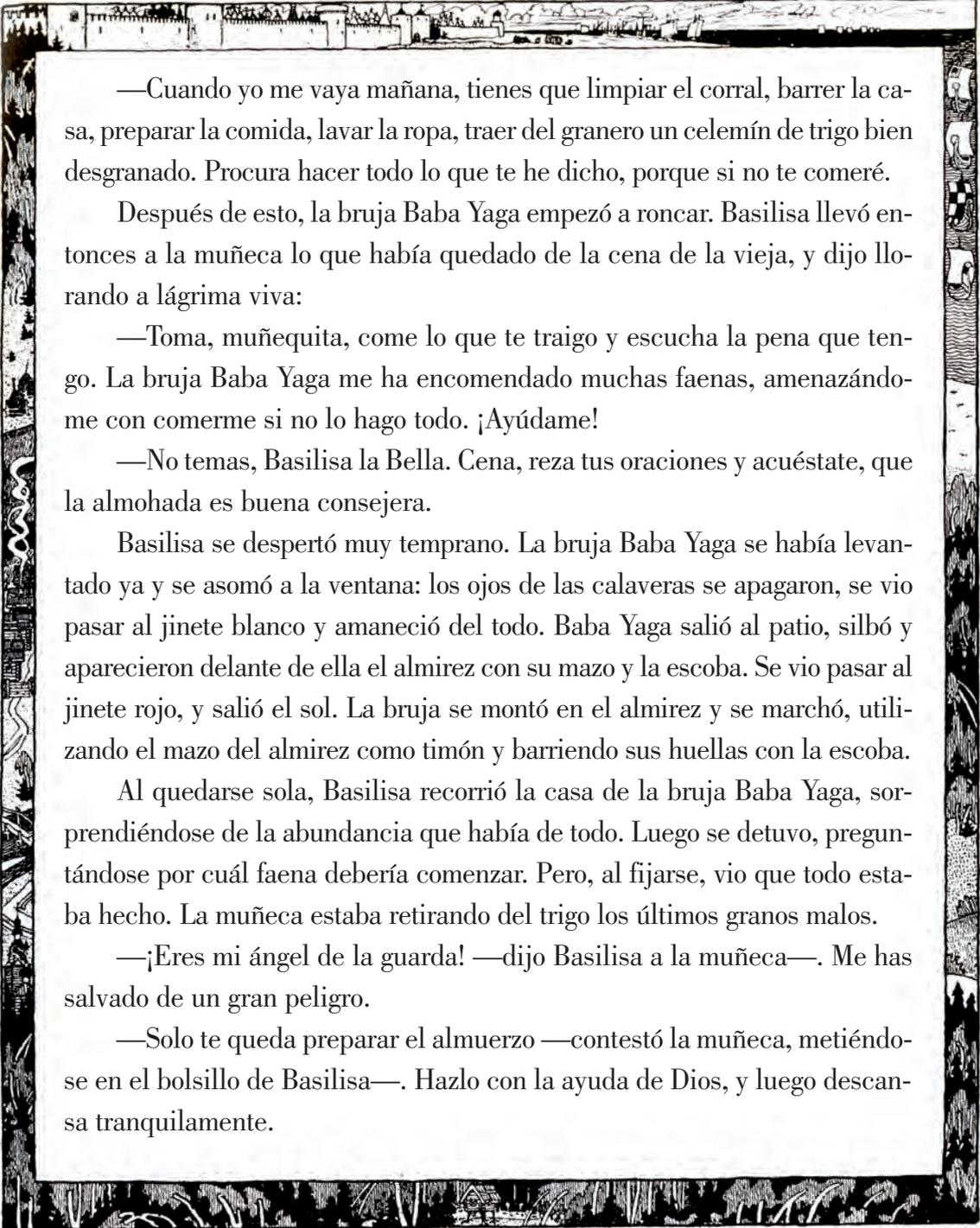
El portón se abrió y la bruja Baba Yaga entró montada en el almirez y dando silbidos, acompañada de Basilisa. Las puertas se volvieron a cerrar solas. Una vez en la sala, la bruja Baba Yaga se acomodó a sus anchas y ordenó a Basilisa:

—A ver, sírveme lo que haya en el horno. Tengo hambre.

Basilisa encendió una tea acercándola a una de las calaveras de la cerca y empezó a sacar comida del horno y a servírsela a Baba Yaga. Había comida lo menos para diez personas. Luego descendió a la cueva y subió pan, miel, cerveza y vino. La vieja se lo comió y se lo bebió todo, dejándole solo a Basilisa un poquitín de sopa de col, un mendrugo de pan y un pedacito de lechón. Antes de acostarse, le advirtió:



И. ВЛАСОВИЧ 1900. ©



—Cuando yo me vaya mañana, tienes que limpiar el corral, barrer la casa, preparar la comida, lavar la ropa, traer del granero un celemín de trigo bien desgranado. Procura hacer todo lo que te he dicho, porque si no te comeré.

Después de esto, la bruja Baba Yaga empezó a roncar. Basilisa llevó entonces a la muñeca lo que había quedado de la cena de la vieja, y dijo llorando a lágrima viva:

—Toma, muñequita, come lo que te traigo y escucha la pena que tengo. La bruja Baba Yaga me ha encomendado muchas faenas, amenazándome con comerme si no lo hago todo. ¡Ayúdame!

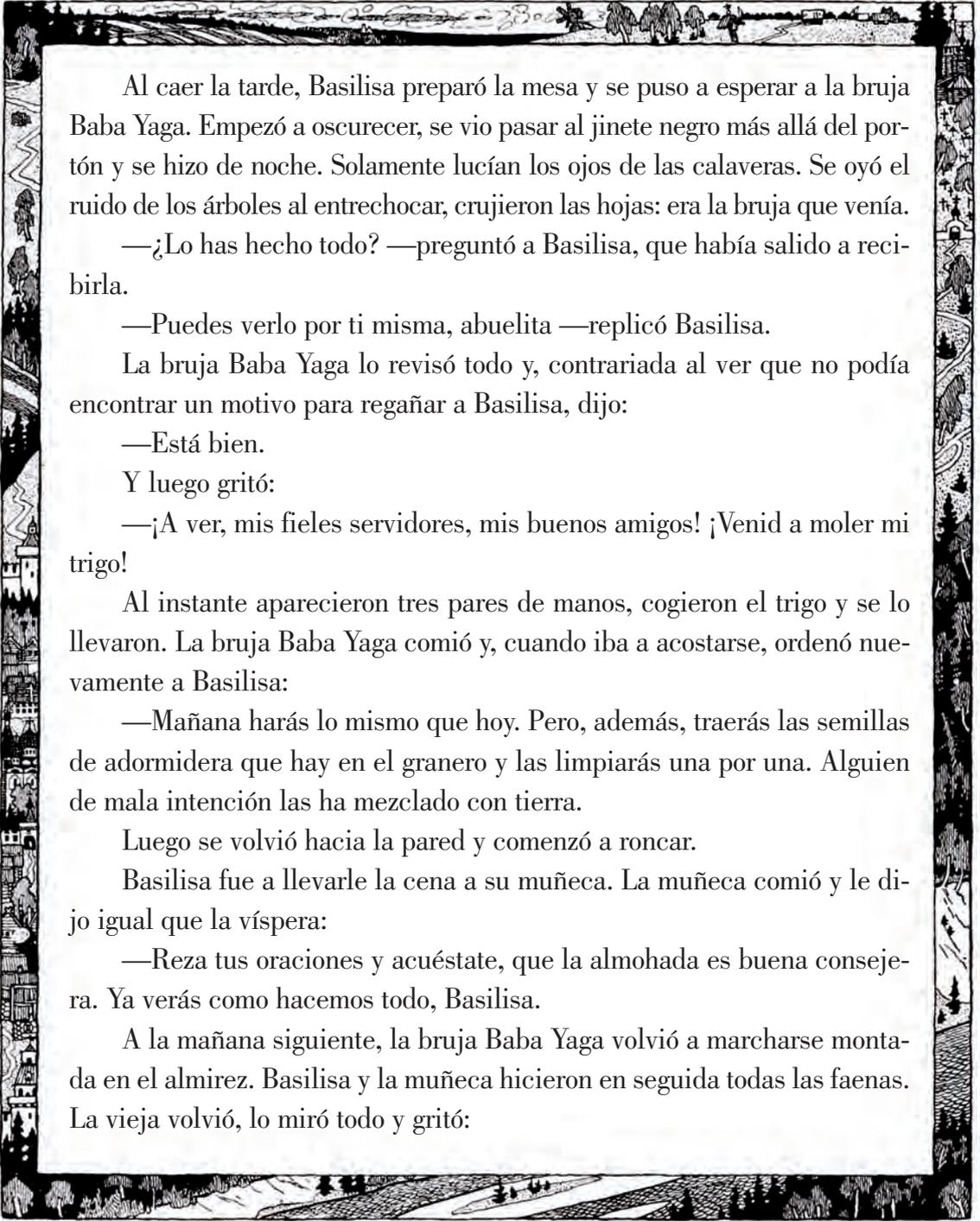
—No temas, Basilisa la Bella. Cena, reza tus oraciones y acuéstate, que la almohada es buena consejera.

Basilisa se despertó muy temprano. La bruja Baba Yaga se había levantado ya y se asomó a la ventana: los ojos de las calaveras se apagaron, se vio pasar al jinete blanco y amaneció del todo. Baba Yaga salió al patio, silbó y aparecieron delante de ella el almirez con su mazo y la escoba. Se vio pasar al jinete rojo, y salió el sol. La bruja se montó en el almirez y se marchó, utilizando el mazo del almirez como timón y barriendo sus huellas con la escoba.

Al quedarse sola, Basilisa recorrió la casa de la bruja Baba Yaga, sorprendiéndose de la abundancia que había de todo. Luego se detuvo, preguntándose por cuál faena debería comenzar. Pero, al fijarse, vio que todo estaba hecho. La muñeca estaba retirando del trigo los últimos granos malos.

—¡Eres mi ángel de la guarda! —dijo Basilisa a la muñeca—. Me has salvado de un gran peligro.

—Solo te queda preparar el almuerzo —contestó la muñeca, metiéndose en el bolsillo de Basilisa—. Hazlo con la ayuda de Dios, y luego descansa tranquilamente.



Al caer la tarde, Basilisa preparó la mesa y se puso a esperar a la bruja Baba Yaga. Empezó a oscurecer, se vio pasar al jinete negro más allá del portón y se hizo de noche. Solamente lucían los ojos de las calaveras. Se oyó el ruido de los árboles al entrechocar, crujieron las hojas: era la bruja que venía.

—¿Lo has hecho todo? —preguntó a Basilisa, que había salido a recibirla.

—Puedes verlo por ti misma, abuelita —replicó Basilisa.

La bruja Baba Yaga lo revisó todo y, contrariada al ver que no podía encontrar un motivo para regañar a Basilisa, dijo:

—Está bien.

Y luego gritó:

—¡A ver, mis fieles servidores, mis buenos amigos! ¡Venid a moler mi trigo!

Al instante aparecieron tres pares de manos, cogieron el trigo y se lo llevaron. La bruja Baba Yaga comió y, cuando iba a acostarse, ordenó nuevamente a Basilisa:

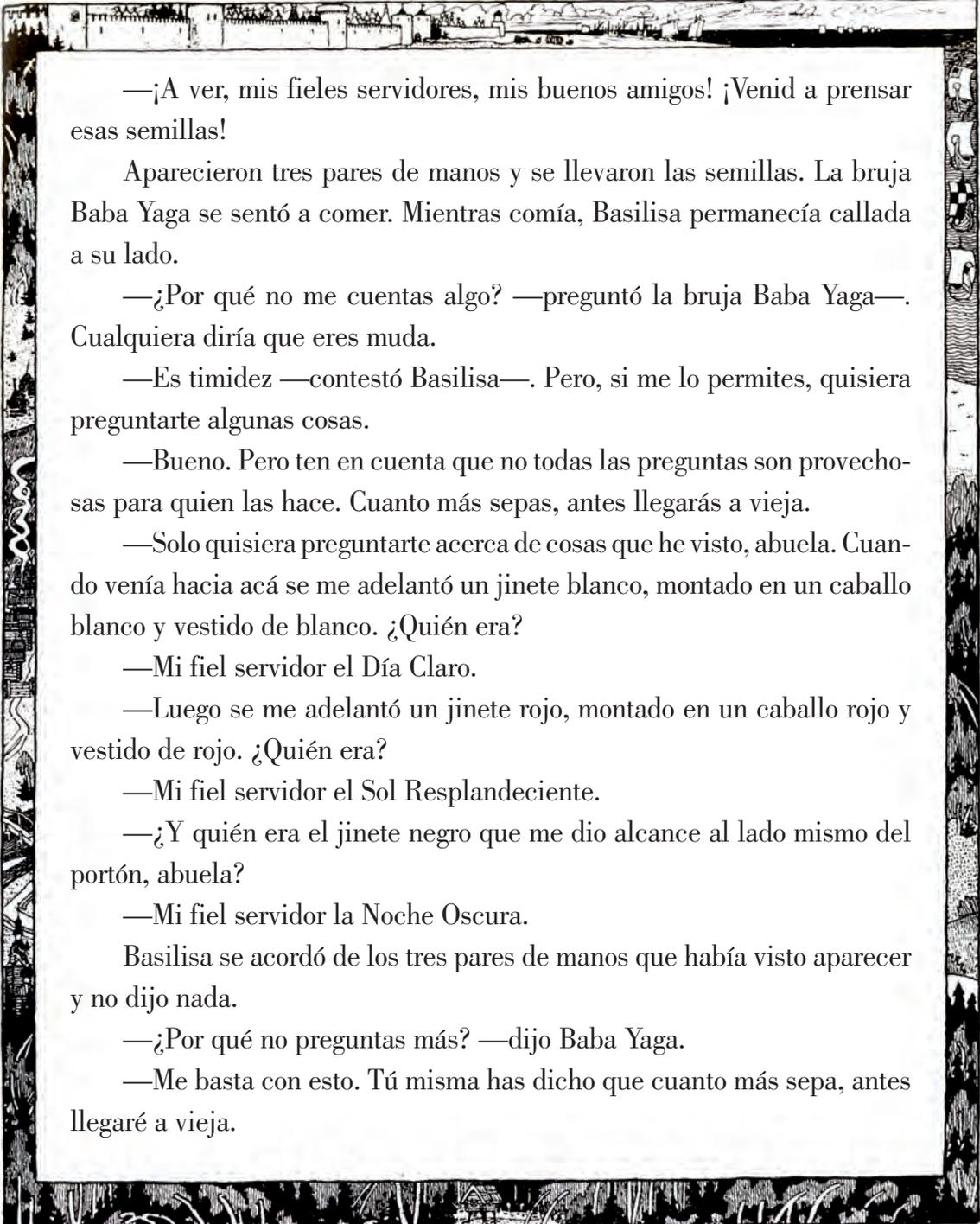
—Mañana harás lo mismo que hoy. Pero, además, traerás las semillas de adormidera que hay en el granero y las limpiarás una por una. Alguien de mala intención las ha mezclado con tierra.

Luego se volvió hacia la pared y comenzó a roncar.

Basilisa fue a llevarle la cena a su muñeca. La muñeca comió y le dijo igual que la víspera:

—Reza tus oraciones y acuéstate, que la almohada es buena consejera. Ya verás como hacemos todo, Basilisa.

A la mañana siguiente, la bruja Baba Yaga volvió a marcharse montada en el almirez. Basilisa y la muñeca hicieron en seguida todas las faenas. La vieja volvió, lo miró todo y gritó:



—¡A ver, mis fieles servidores, mis buenos amigos! ¡Venid a pensar esas semillas!

Aparecieron tres pares de manos y se llevaron las semillas. La bruja Baba Yaga se sentó a comer. Mientras comía, Basilisa permanecía callada a su lado.

—¿Por qué no me cuentas algo? —preguntó la bruja Baba Yaga—. Cualquiera diría que eres muda.

—Es timidez —contestó Basilisa—. Pero, si me lo permites, quisiera preguntarte algunas cosas.

—Bueno. Pero ten en cuenta que no todas las preguntas son provechosas para quien las hace. Cuanto más sepas, antes llegarás a vieja.

—Solo quisiera preguntarte acerca de cosas que he visto, abuela. Cuando venía hacia acá se me adelantó un jinete blanco, montado en un caballo blanco y vestido de blanco. ¿Quién era?

—Mi fiel servidor el Día Claro.

—Luego se me adelantó un jinete rojo, montado en un caballo rojo y vestido de rojo. ¿Quién era?

—Mi fiel servidor el Sol Resplandeciente.

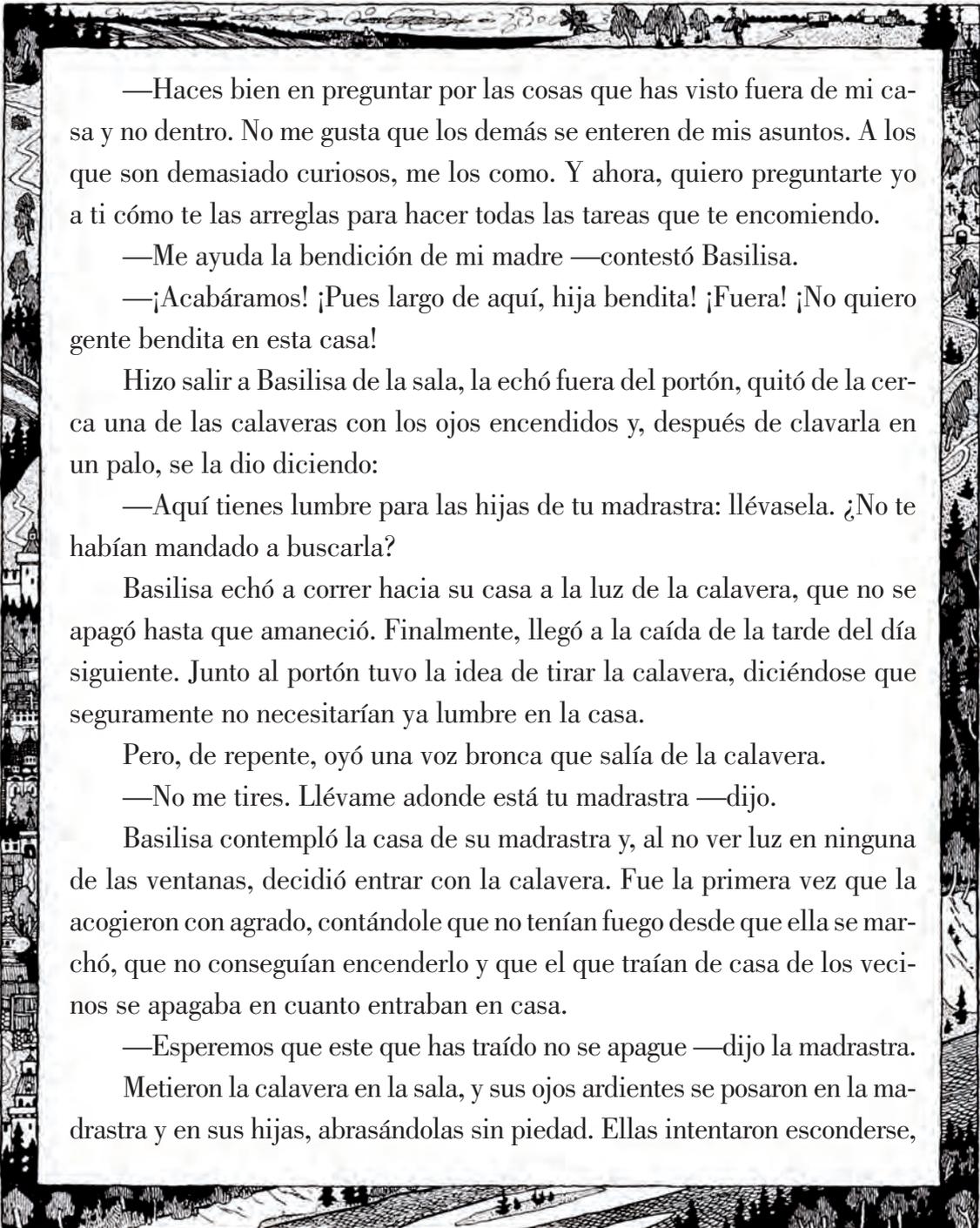
—¿Y quién era el jinete negro que me dio alcance al lado mismo del portón, abuela?

—Mi fiel servidor la Noche Oscura.

Basilisa se acordó de los tres pares de manos que había visto aparecer y no dijo nada.

—¿Por qué no preguntas más? —dijo Baba Yaga.

—Me basta con esto. Tú misma has dicho que cuanto más sepa, antes llegaré a vieja.



—Haces bien en preguntar por las cosas que has visto fuera de mi casa y no dentro. No me gusta que los demás se enteren de mis asuntos. A los que son demasiado curiosos, me los como. Y ahora, quiero preguntarte yo a ti cómo te las arreglas para hacer todas las tareas que te encomiendo.

—Me ayuda la bendición de mi madre —contestó Basilisa.

—¡Acabáramos! ¡Pues largo de aquí, hija bendita! ¡Fuera! ¡No quiero gente bendita en esta casa!

Hizo salir a Basilisa de la sala, la echó fuera del portón, quitó de la cerca una de las calaveras con los ojos encendidos y, después de clavarla en un palo, se la dio diciendo:

—Aquí tienes lumbre para las hijas de tu madrastra: llévasela. ¿No te habían mandado a buscarla?

Basilisa echó a correr hacia su casa a la luz de la calavera, que no se apagó hasta que amaneció. Finalmente, llegó a la caída de la tarde del día siguiente. Junto al portón tuvo la idea de tirar la calavera, diciéndose que seguramente no necesitarían ya lumbre en la casa.

Pero, de repente, oyó una voz bronca que salía de la calavera.

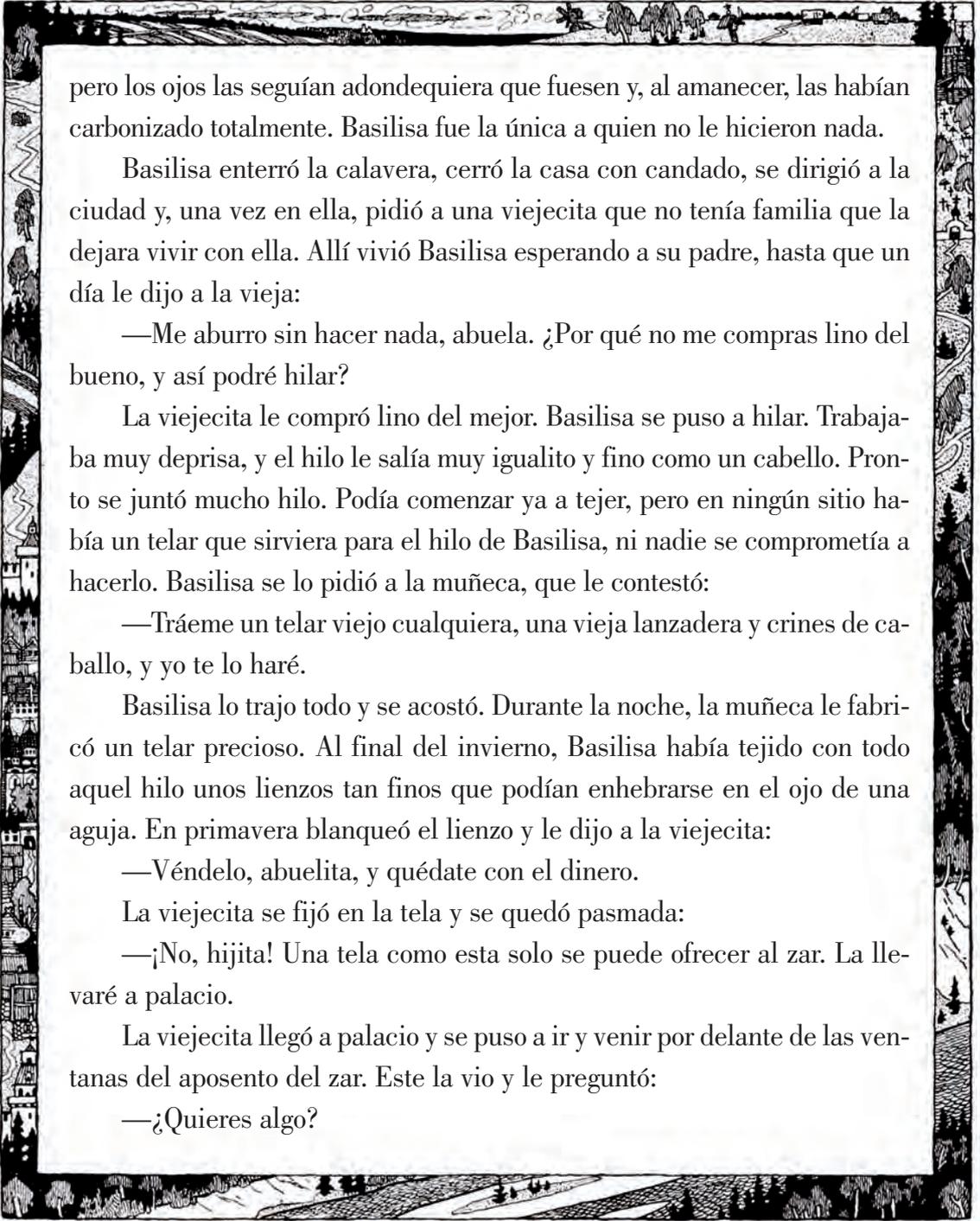
—No me tires. Llévame adonde está tu madrastra —dijo.

Basilisa contempló la casa de su madrastra y, al no ver luz en ninguna de las ventanas, decidió entrar con la calavera. Fue la primera vez que la acogieron con agrado, contándole que no tenían fuego desde que ella se marchó, que no conseguían encenderlo y que el que traían de casa de los vecinos se apagaba en cuanto entraban en casa.

—Esperemos que este que has traído no se apague —dijo la madrastra.

Metieron la calavera en la sala, y sus ojos ardientes se posaron en la madrastra y en sus hijas, abrasándolas sin piedad. Ellas intentaron esconderse,





pero los ojos las seguían adondequiera que fuesen y, al amanecer, las habían carbonizado totalmente. Basilisa fue la única a quien no le hicieron nada.

Basilisa enterró la calavera, cerró la casa con candado, se dirigió a la ciudad y, una vez en ella, pidió a una viejecita que no tenía familia que la dejara vivir con ella. Allí vivió Basilisa esperando a su padre, hasta que un día le dijo a la vieja:

—Me aburro sin hacer nada, abuela. ¿Por qué no me compras lino del bueno, y así podré hilar?

La viejecita le compró lino del mejor. Basilisa se puso a hilar. Trabajaba muy deprisa, y el hilo le salía muy igualito y fino como un cabello. Pronto se juntó mucho hilo. Podía comenzar ya a tejer, pero en ningún sitio había un telar que sirviera para el hilo de Basilisa, ni nadie se comprometía a hacerlo. Basilisa se lo pidió a la muñeca, que le contestó:

—Tráeme un telar viejo cualquiera, una vieja lanzadera y crines de caballo, y yo te lo haré.

Basilisa lo trajo todo y se acostó. Durante la noche, la muñeca le fabricó un telar precioso. Al final del invierno, Basilisa había tejido con todo aquel hilo unos lienzos tan finos que podían enhebrarse en el ojo de una aguja. En primavera blanqueó el lienzo y le dijo a la viejecita:

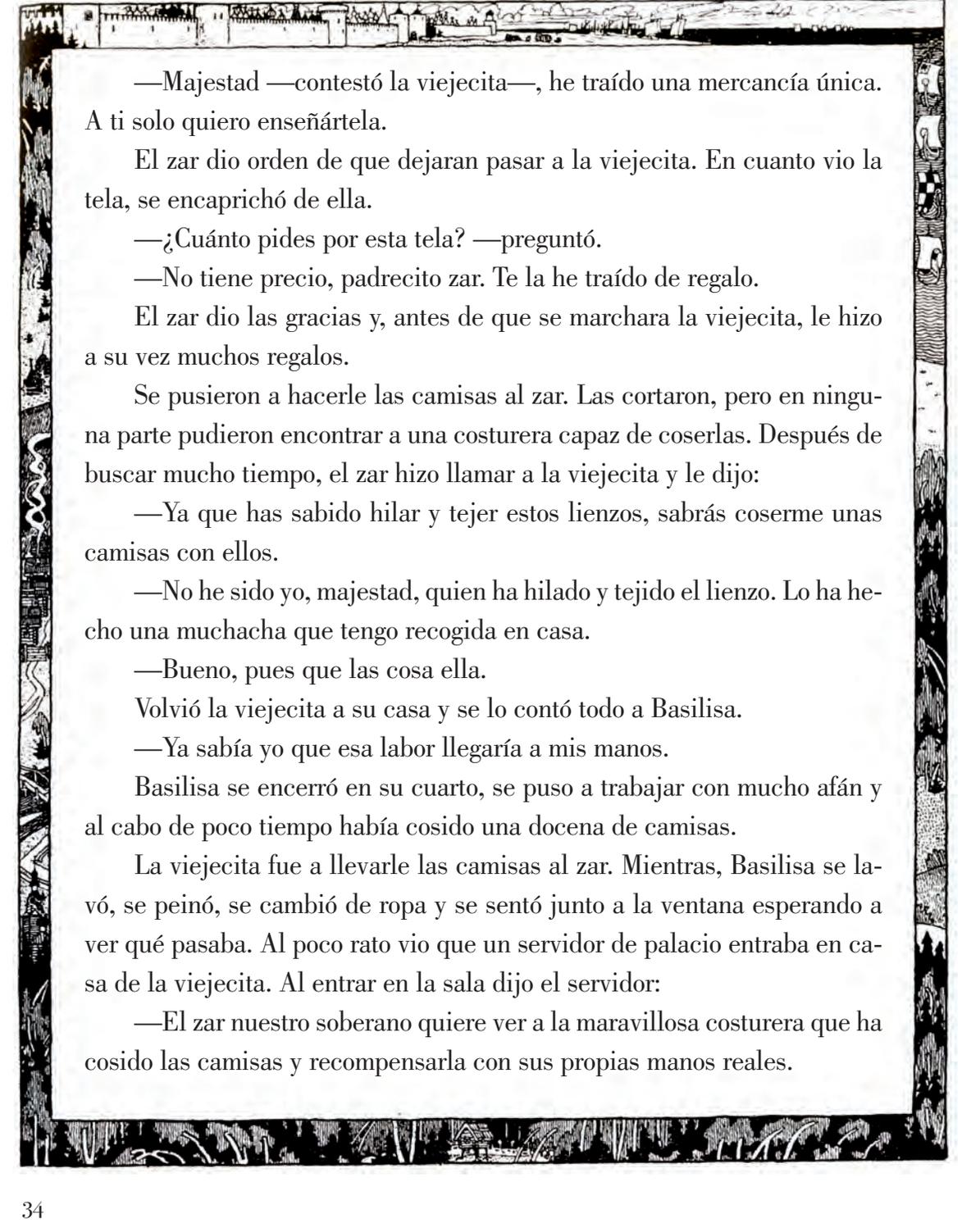
—Véndelo, abuelita, y quédate con el dinero.

La viejecita se fijó en la tela y se quedó pasmada:

—¡No, hijita! Una tela como esta solo se puede ofrecer al zar. La llevaré a palacio.

La viejecita llegó a palacio y se puso a ir y venir por delante de las ventanas del aposento del zar. Este la vio y le preguntó:

—¿Quieres algo?



—Majestad —contestó la viejecita—, he traído una mercancía única. A ti solo quiero enseñártela.

El zar dio orden de que dejaran pasar a la viejecita. En cuanto vio la tela, se encaprichó de ella.

—¿Cuánto pides por esta tela? —preguntó.

—No tiene precio, padrecito zar. Te la he traído de regalo.

El zar dio las gracias y, antes de que se marchara la viejecita, le hizo a su vez muchos regalos.

Se pusieron a hacerle las camisas al zar. Las cortaron, pero en ninguna parte pudieron encontrar a una costurera capaz de coserlas. Después de buscar mucho tiempo, el zar hizo llamar a la viejecita y le dijo:

—Ya que has sabido hilar y tejer estos lienzos, sabrás coserme unas camisas con ellos.

—No he sido yo, majestad, quien ha hilado y tejido el lienzo. Lo ha hecho una muchacha que tengo recogida en casa.

—Bueno, pues que las cosa ella.

Volvió la viejecita a su casa y se lo contó todo a Basilisa.

—Ya sabía yo que esa labor llegaría a mis manos.

Basilisa se encerró en su cuarto, se puso a trabajar con mucho afán y al cabo de poco tiempo había cosido una docena de camisas.

La viejecita fue a llevarle las camisas al zar. Mientras, Basilisa se lavó, se peinó, se cambió de ropa y se sentó junto a la ventana esperando a ver qué pasaba. Al poco rato vio que un servidor de palacio entraba en casa de la viejecita. Al entrar en la sala dijo el servidor:

—El zar nuestro soberano quiere ver a la maravillosa costurera que ha cosido las camisas y recompensarla con sus propias manos reales.



Compareció Basilisa la Bella ante el zar, quien, nada más verla, se enamoró locamente de ella.

—Nunca me separaré de ti, hermosa mía —dijo—. Serás mi esposa.

El zar tomó a Basilisa de la mano, la hizo sentar junto a él y aquel mismo día se celebró la boda.

Al poco tiempo regresó el padre de Basilisa, que se alegró mucho de la suerte de la hija y se quedó a vivir con ella. También trajo Basilisa a su lado a la viejecita. En cuanto a la muñeca, la llevó en el bolsillo hasta el último día de su vida. ❀